

JOSÉ BONO, CAUDILLO DE ESPAÑA

Hace cinco años en el Abc de Anson un artículo titulado *José Bono, caudillo de La Mancha*, que tuvo cierta repercusión en la región que sufre ese caudillaje de baja estofa, y en el que trataba de analizar las innumerables corruptelas que se han extendido bajo la amplia y prolongada égida de Bono. Pues bien, hoy ese caudillismo demagógico y corruptor pretende extenderse al resto de España.

Un triunfo de José Bono a nivel nacional, que le otorgara la Presidencia del Gobierno, entrañaría de inmediato la «bananización» de esta monarquía oligárquica. Absolutamente todo lo noble (ideales de progreso y de justicia, pasión por la libertad, sentimientos religiosos, solidaridad, etcétera). Bono lo corrompe con su grasienta máquina de demagogia patatera, pero extremadamente eficaz como plataforma de propaganda. Bono sólo puede representar una casposa continuidad del felipismo, y por lo que se ve el Partido todavía no puede exorcizar aún lo que socialmente ya es historia. El PP hoy, organización política de claros mensajes derechistas, es, sin embargo, un partido de *actualidad*, en cuanto que ha conseguido elaborar un derechismo innovador, que sabe atender a los nuevos intereses de la derecha de siempre, pero el partido de Bono sería una organización de *museo de proclamas huecas*, engrasada con las más rancias corruptelas patrias. Bono huele demasiado al español de la más racial tradición. Efectivamente, hoy es sin duda Bono nuestro político más racial. Su pretensión de condicionar la consecución de la Secretaría General del partido a una espectacular e indivisible «ovatio», a una práctica unanimitad de encendidas voluntades aprobatorias, lo sitúa fuera del más pálido perfil democrático.

Un atardecer abrasado por un sol viejo e intratable, y enloquecido por miríadas de cigarras implacables se extenderá por la Península con la victoria del bonismo. Básicamente, los delegados que acudan al trigésimo quinto Congreso socialista para erigir un liderazgo esperanzador sobre el pavés del actual abatimiento y desmoralización se encuentran como Heracles con el problema de elegir entre dos caminos. El Heracles de Pródico eligió el camino de la Virtud, vestida de blanco, noble y distinguida de tez pura y mirada pudorosa, que aunque nos señala un camino difícil entraña la consecución de una felicidad (*eudaimonía*) más segura. Y sería vital para el futuro de España que la elección socialista coincidiera con aquella por la que se decidió Heracles.

España necesita imperiosamente que la izquierda, vencida por un fin de corruptelas y clientelismos asfixiantes, vuelva a ponerse en pie y sirva de alternativa ilusional ante este marasmo del presente. Pero sólo una catarsis en profundidad, una purga sin concesiones, puede conseguir el milagro de convertir la izquierda en una alternativa seria de Gobierno. Frente a la sistemática desertización ideológica que causó «el gitanismo felipista», que parecía actuar en los amplios territorios de la iz-



quierda con la táctica de tierra quemada, los socialistas deben aplicar sus oídos para que a partir del rumor de las puras linfas poder llegar a la centenaria fuente de su identidad. La tarea no es nada fácil. Altas hierbas y

mordientes ortigas ocultan la fuente: pero no importa; un muy perceptible e inequívoco rumor de agua, lleno de fuerza y frescor, nos asegura que la fuente está ahí. Y su náyade, desde luego, no es Bono, a pesar del excesivamente manifiesto, táctico y electorero distanciamiento de éste respecto a Felipe.

La fuente quedó oculta por las malas hierbas, aulagas y espinos cervales que crecieron a su alrededor desde el Consenso, desde la indigna Transición, en la que el «felipismo» vendió la tradición democrática y republicana por un plato de lentejas —catorce años monclovitas—, y difamó a los que, como mi amigo y maestro Antonio García Trevijano, quisieron ser consecuentes con su lucha por la libertad, fin de toda democracia según la aristotélica *Política*, VI 1317 a 40-b16.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

LA REVOLUCIÓN PERDIDA

La literatura no puede vivir sin la memoria. Se cierra la librería Miguel Hernández —no es culpa del PP, o no sólo, es del «progreso»: grandes superficies, concentración editorial, lo visual, libro-mercancía, culto a la publicidad, velocidad, camino hacia el gran hermano no pensante, corrupción de las izquierdas, ¡tantas cosas!—, y quien durante años la llevara se queja fatalmente del tiempo sin memoria que vivimos. Lleva razón Ángel Escarpa. Pero fíjate: ¿quién se acuerda ahora de la Revolución de Octubre? Porque los sueños desembocaron en infamias, las esperanzas en tragedias... Nos quedan los libros. Vivimos en los libros. Qué música para el espíritu recuperar las palabras en ellos escritas por quienes fueron barridos por la historia de la realidad, no por la historia de las ideas. Leemos por ejemplo a Boris Pasternak. Escribía aquel año en que nosotros no habíamos nacido:

«En este significativo invierno de 1917, entre las dos fechas de la revolución, parece como si los caminos, los árboles, las estrellas, se reunieran en los mítines y hablaran con los hombres; el aire estaba lleno hasta el infinito de una ardiente inspiración



de kilómetros, parecía una personalidad con nombre, proveedora y animada».

Cerramos los ojos. Le vemos. A él, y a Esenin, y a Maïakovski, y a Eisenshtein, y a Babel. Y galopamos con la locomotora que quie-

re barrer el pasado y alentar unos tiempos nuevos, más justos, más bellos. ¡Más justos, más bellos! No ignoran que en decenas de países se agolpan millones de personas esperando sus noticias. Nacen las radios, se difunden los periódicos, el cine incipiente transporta las imágenes. Los corazones sueñan. Agazapados, los burócratas destructores, los criminales de la política, los fanáticos incultos ambiciosos de poder, acechan. Armados de tijeras especiales que rompen el hilo de las utopías, espían el momento propicio para entrar en acción, para volver a poner orden, un nuevo-vejo maldito y discriminador, policíaco orden, zafio y cruel, en aquella enloquecida locomotora que quiere navegar impulsada por nubes revolucionarias, tormenta de ideas, ideas en acción, para detenerla y zambullirla en el sumidero en que desembocan las revoluciones.

Lo imperialismo de siempre, el fascismo de nuevo cuño, las viejas bancas e iglesias, ayudan a los asesinos que han de suceder a Lenin para que la vieja Rusia saturnice a la incipiente Unión Soviética. Lo único que no pueden cortar es la palabra. Por más inquisiciones, campos de concentración que desarrollen, la palabra escapará a su brazo represor. Y febril, antes de que se estrelle contra la realidad, Boris Pasternak sigue escribiendo:

«¡Piense qué tiempos! ¡Y nosotros vivimos estos días! Sólo una vez en toda la eternidad acontece algo tan extraordinario. Piense: el techo de toda Rusia ha sido arrancado y de repente nos encontramos con todo el pueblo bajo el cielo abierto. Y no hay nadie que nos vigile. Libertad, verdadera libertad, no por las palabras y las reivindicaciones, sino caída del cielo, totalmente por sorpresa... Ayer contemplaba un mitin nocturno. Una escena extraordinaria. La madre Rusia se ha puesto en movimiento... estridentes y árboles entran en conversación, las flores discuten de noche sobre filosofía, edificios de ladrillo tienen reuniones políticas».

Corre, corre Pasternak febril de un lado a otro, ve, escucha, escribe. Hasta que se produce el gran choque, un estruendo inenarrable que le postra en tierra. Inútilmente intenta taparse los oídos para no escuchar el sonido desprendido por la hecatombe. Ha chocado la ilusión con la realidad. Y el cielo arroja sobre la madre Rusia nubes de sangre. No es el hambre, no, son los pensamientos, las ideas, los que se marchitan, los que se agostan y mueren.

Lector, si es que existes, acompaña la lectura de estas divagaciones escuchando el Concierto para piano nº 1 de Rachmaninov, revisado en 1917, cuando quien declaraba: «Yo soy un compositor ruso y el país donde he nacido ha influenciado mi temperamento y mi concepción del mundo», preparaba ya el camino de su infinito exilio.

Andrés SOREL

SINDICATOS EN LOS CUARTELES

La profesionalización de las Fuerzas Armadas está produciendo una verdadera «revolución» en los usos y mentalidades. Las relaciones entre soldados, suboficiales y oficiales han comenzado a cambiar vertiginosamente, y si bien la disciplina y la jerarquía, que es la esencia de lo militar, se mantiene, garantizar los derechos de unos y otros se ha convertido en necesidad. No puede ser de otra forma en un Estado de Derecho moderno y democrático como España.

Con este planteamiento se van a crear en cada cuartel y dependencia militar los Consejos Asesores de Personal, los «CAP», formados por representantes de cada empleo —de solda-

do a general— elegidos democráticamente por sus compañeros, algo parecido a los comités de empresa en la vida civil.

Asegura el espía militar que poner en marcha los Consejos será un desafío para el ministro Trillo-Figueroa, que ya tiene en su mesa el borrador de Reglamento para el funcionamiento de los CAP. En amplios sectores militares se les mira con escepticismo. Unos, porque piensan que serán órganos «amarillos» formados por representantes fieles al Mando. Otros, porque dicen que se abre la puerta a los sindicatos, a través de militantes camuflados que se presentarán como candidatos.

Juan BRAVO

